

## Las relaciones entre economía y feminismo

**María-Angeles Duran**

Consejo Superior de Investigaciones Científicas

### 1. Ciencia amiga.

Decía una frase que se hizo popular en los años ochenta que *lo personal es político*. Las/os investigadores feministas recurren con mucha mayor frecuencia que otros investigadores a su propia experiencia como trabajo de campo, lo que a veces provoca cierto desasosiego en quienes están acostumbrados a separar tajantemente lo que piensan de lo que viven. La decisión de transitar entre ambos planos, el privado y el público o político, es una opción metodológica además de un modo expeditivo y accesible para explicar y exponer lo que no se dispone de medios para hacerlo de otro modo. Por eso este artículo va a ser en parte autobiográfico y conservará la huella casi interactiva de la conferencia en la Universidad Autónoma de Madrid que fue su origen inmediato. No me hubiera costado mucho trabajo darle una redacción más standard, borrar los “yo” y los “nosotras” para sustituirlo por los más estándares y académicos “se”. El ejercicio de *ver y verse* es bastante agotador, e imagino que nunca deja del todo satisfecho a quien se aventura en ello. *Ver y verse es juzgar y juzgarse*. Pero a pesar de eso, he preferido incorporar al relato porciones de mi propia memoria, la memoria personal de quien durante más de medio siglo ha sido al mismo tiempo sujeto pensante y sintiente en los estudios de género, y espectadora atenta de cuanto ocurría a su alrededor. La estructura interna del artículo se tensa al jugar simultáneamente con dos planos temporales, cada cual con sus propios verbos: el del momento de la exposición oral y, meses después, su reelaboración escrita. A eso se añade el juego en el plano de *lo personal/político, lo individual/colectivo, lo privado/público*, y el intento de que la narración se refiera a *un proceso y no a un resultado*.

Me alegra haber formado parte, junto con muchas de quienes llenaban el salón de actos el día de la conferencia, de la creación de este Instituto Universitario de Investigación que en sus principios se llamó Seminario Interdisciplinar de Estudios de la Mujer. Agradezco el modo amable y cariñoso con que identificasteis mi trayectoria de vida. Pero, si lo permitís, y aunque la

presentación fue extensa, me gustaría añadir algo. No todo en la lucha de las mujeres por la igualdad se ciñe al ámbito de lo legal, lo económico, lo lógico o lo científico. Desde hace décadas también dedico tiempo y esfuerzo a tratar de entender *el papel que el arte juega en nuestras vidas* sin que apenas seamos conscientes de ello. Por el hábito de llevar al papel lo que pienso, ahí se acumulan ya dos centenares de páginas entre ensayos sobre las genealogías, las mujeres en la literatura, el impacto de Google en la divulgación del arte y la dominación hegemónica de los canales en lengua inglesa, la expresión de la duda y el desconcierto a través de la pintura, la violencia y la maternidad en la obra de Francis Bacon (Durán, 2004 y 2001). Y, tratando de contagiar esta búsqueda a otros colegas, un monográfico sobre Sociología del Arte en la REIS. En ese intento he buscado y conservado imágenes marianas tan variadas que van desde la sumisión hasta la rebeldía, desde el incrédulo o feliz asombro hasta la mordacidad y el desafío. A fin de cuentas, el mensaje básico de la Anunciación a María, sea sacra o desacralizada, es el presagio de un *cambio de época, de sus protagonistas y del coste que llevará consigo el cambio*. Por eso este año, con ocasión del 8 de marzo, hice síntesis de dos décadas de reflexiones y presenté el avance de un proyecto que algún día espero terminar, confinado por ahora en una carpeta etiquetada con el nombre de "*Arte amigo, arte enemigo*".

Por raro que suene, la investigación innovadora se acerca mucho a la filosofía y al arte. Una imagen, un icono, pueden humillar y herir. O, por el contrario, generar seguridad, identificación y pertenencia a una comunidad. Los movimientos por la igualdad de las mujeres son tan transversales, ubicuos y profundos que sus analistas se despegan del perfil del investigador de laboratorio súper especializado. Las mujeres del siglo XXI en cierto modo *son, somos*, las *humanistas* de un tipo nuevo de Renacimiento que buscan entender su lugar en la sociedad, de dentro a afuera y desde abajo a arriba. Hasta cuando se dedican a las ciencias experimentales, tienen facilidad para orientarse hacia una *ciencia humanista*.

El feminismo es, antes que nada, una posición política, consistente en la aplicación de los valores democráticos a las relaciones entre mujeres y hombres. Son incontables los hombres que han muerto por reclamar la democracia para sí o para sus pueblos. La democracia no es un valor de implantación universal, en sus mismos orígenes griegos dejó fuera a las mujeres y a otros grupos sociales. A la democracia se oponen el pensamiento autoritario y los detentadores de privilegios, y no sólo de privilegios económicos, también simbólicos e intelectuales. ¿Por qué extrañarse de que haya habido y siga habiendo lugares en que las mujeres que la

reclaman terminan en la cárcel o el escarnio, bajo la acusación de alborotadoras o pervertidas? ¿Por qué sorprenderse de que a sus reivindicaciones se les llame “*ideología de género*”, queriendo decir que sus ideas son falsas, inductoras a error? Por eso no es casual que haya comenzado esta intervención con una referencia al arte, las imágenes, la identidad y las emociones. Porque lo que querría traer a vuestra imaginación es la pregunta de si la ciencia es neutral o partidaria. En suma, si puede pedírsele que nos ayude, nos proteja, nos guíe. Que sea nuestra amiga. O, cuando menos, que no nos ignore, malinterprete, desvirtúe, robe la memoria o perjudique.

Me gusta imaginar que con la ciencia cabe el diálogo y las emociones, aun sabiendo que en realidad, la ciencia es una entidad abstracta que no siente ni piensa por sí misma. La pensamos nosotros, la sentimos nosotros. En nombre de la ciencia puede acometerse cualquier maravilla y cualquier horror. No sé si la ciencia puede convertirse en nuestra amiga, pero no dudo que quienes la construyen y utilizan pueden resultar amigos por el modo en que lo hacen. O enemigos.

## **2. Sobre los *ismos*.**

Hace años, en los setenta y ochenta, me molestaba que al buscar algún título reciente que incorporase la palabra mujer, casi siempre se había clasificado como feminismo. La conversión en *ismos* no sucedía solamente con las mujeres y el feminismo, en otros campos se hablaba de *ciencia cristiana*, una acotación de la ciencia por su compatibilidad con un credo religioso, y pasaba algo parecido con el concepto de social o de sociología, que a menudo se interpretaba como *socialismo*. En general, la asociación de adjetivos me parece una tarea intelectual arriesgada, un ejercicio de clasificación con más fondo y consecuencias de lo que parece a primera vista. No está mal que mujer y feminismo se sitúen próximos en las estanterías, pero la proporción de volúmenes de cualquier biblioteca no especializada que lleve en su título la palabra mujer probablemente no llega al uno por ciento del total. ¿Qué sucedía con el noventa y nueve por ciento restante? ¿Es que no eran clasificables por su relación con el género? ¿Se trataba de obras machistas, neutrales, universales o pertenecientes a cualquier otra categoría de clasificación? Ahora ya no es tan frecuente esta deriva indebida hacia los *ismos*, en parte porque ha aumentado enormemente la producción explícita sobre feminismo, y en parte también porque el desarrollo de los estudios de género ha absorbido parte de la producción de libros sobre ambos temas. Por cierto, nunca he entendido por qué levanta tanto revuelo el concepto de género. Se le puede

achacar que es palabra de sonido duro, puesto que acumula la condición de esdrújula y el golpe gutural de la jota. También puede argumentarse que quienes la pusieron en circulación eran extranjeros, angloparlantes por más señas. Pero no son razones para una oposición seria, y la palabreja va perdiendo fealdad a medida que acostumbramos el oído a ella. Como concepto, llena un hueco clamoroso, pues deslinda los aspectos biológicos del sexo de su significación cultural, que es lo que le convierte en género.

No siempre es necesario decir a gritos lo que se piensa. Lo que importa es encontrar y contribuir a una ciencia universal que sea integradora de todos los conocimientos y todas las perspectivas. No me interesa la ciencia de los blancos en lo que tenga de propio, sino en lo que tenga de universal. Tampoco me interesaría especialmente la ciencia de los negros si no fuera por su contribución a hacer más universal la ciencia construida por los blancos. No me interesa la ciencia clasista ni la ciencia que construyeron los hombres mientras a las mujeres se nos apartaba de la educación y teníamos prohibido el acceso a las universidades. La asumo como parte de mi vida, naturalmente, pero lo que despierta mi pasión intelectual es precisamente lo que ha quedado como residuo de aquella ausencia y prohibición. Mi objetivo es transformarlo, neutralizar esa herencia sesgada y sustituirla por una nueva ciencia más abierta, más universal, más plural y en definitiva mejor y más rica. Con ese objetivo escribimos, hace ya la friolera de treinta y cuatro años, aquél libro hermoso, esperanzado, pionero y colectivo que se tituló "*Liberación y Utopía. La mujer ante la ciencia*" (Akal, 1982). En cierto modo marcó la consolidación de los institutos de investigación de las mujeres en las Universidades españolas. Sus objetivos, sintetizados en "*Diez propuestas no utópicas para la renovación de la ciencia*", se asentaban entonces en una negación. Hoy mantienen pleno vigor, pero probablemente ya no necesitan apoyarse en la negación de la utopía, pueden aspirar con más tranquilidad a propuestas concretas y afirmativas.

La inmensa mayoría del conocimiento que ha llegado hasta nuestros días es un conocimiento parcial, como no puede ser de otro modo en una construcción humana. Con frecuencia, las perspectivas nuevas e innovadoras se etiquetan de tal modo que obligan a sus partícipes a encerrarse en un círculo muy pequeño que conlleva su exclusión del círculo grande en el que se mueve la mayoría. Quienes todavía tenéis mucho camino por delante, quienes sois jóvenes, con frecuencia tendréis que elegir entre formas y tipos de investigación con las que os identificáis personalmente, o descartar esas opciones para no resultar excluidos/as de la corriente central de la ciencia. No es opción sencilla, ni tiene un recetario igual

para todo el mundo. Depende de las circunstancias y del modo en que se configuren las relaciones entre el entorno inmediato y el externo. Se trata de una cuestión individual y colectiva al mismo tiempo, estratégica y no solamente intelectual, en la que tan importante es la decisión sobre cómo y cuándo entrar, como la de cómo y cuándo salir.

El conocimiento se beneficia con la llegada de sujetos nuevos que comienzan a participar en la producción de la que antes estuvieron excluidos; llámense clases populares, clases sociales bajas, proletariado, llámense sociedades coloniales descolonizadas, llámense religiones que no han pertenecido al paradigma dominante, llámense mujeres. Su presencia enriquece el conjunto, sobre todo en las ciencias humanas. Pero la identificación casi exclusiva con un solo grupo humano, sea el que sea, conlleva el riesgo de apartarse de la corriente principal del pensamiento. La convicción y la firmeza son condiciones que aportan gran energía. La pertenencia intensa a un grupo reducido otorga a sus miembros protección y reconocimiento, encuentra eco en medios afines, y puede proporcionar una gran velocidad de aprendizaje en las primeras etapas. Sin embargo, tiene también otra cara menos amable; ni la certeza ni el convencimiento de la propia verdad son cualidades características de la investigación y la ciencia, pertenecen a otras actitudes y ámbitos del conocimiento. Las cualidades características del quehacer científico son, o han de ser, la duda y la búsqueda permanente de comprobaciones. Los círculos reducidos, visionarios, pueden traer consigo el comienzo del fin de un paradigma opuesto. Son elementos básicos para el choque entre ideas, pero corren el riesgo de excluirse de la realidad, de huir de la crítica externa, de refugiarse en núcleos dogmáticos bajo el riesgo permanente de la fagocitación y la escisión. Antes o después, las distintas corrientes de pensamiento tienen que reconocerse, vivificarse y fructificar conjuntamente, pero eso no sucede mientras se camina por sendas paralelas.

Me pregunto a veces si podríamos mejorar la Astronomía desde una perspectiva feminista. Y si digo Astronomía es precisamente por lo lejos que queda de mí ese mundo<sup>1</sup>. De las estrellas, apenas conozco más que el origen de algunos nombres, y en esos nombres, provenientes principalmente de la mitología griega, sí que se han proyectado las relaciones humanas que en distintas épocas han unido a hombres y mujeres. He dedicado algunas páginas a la Osa Mayor, el

---

<sup>1</sup> Después de redactado este artículo, he visto el excelente trabajo de Eulalia Perez Sedeño y Adriana Kiczkowski. "*Un universo por descubrir. Género y Astronomía en España.*" (Plaza y Valdés, 2010) en el que relata la contribución de varias mujeres a la formación de esta ciencia y su situación actual en España.

Ártico o la Antártida, que deben sus nombres a leyendas que perpetuaron amores y odios, deslealtades o venganzas entre hombres y mujeres, y entre mujeres y mujeres. Por ejemplo, los celos de Hera ante los amoríos de Zeus y el involuntario papel de verdugo que jugó Artemisa frente a su amiga Kaliste. Pero eso no es astronomía, sino literatura e historia.

Hace dos años me fascinó una conferencia de Jocelyn Bell, la astrónoma norirlandesa descubridora de los púlsares a quien presentó en el CSIC la profesora Pilar López Sancho, del Departamento de Teoría de la Materia Condensada. No había oído hablar anteriormente de ella, lo que no es raro puesto que ni es mi campo ni apenas conozco algún astrónomo vivo. De su especialidad no sé nada, pero en el relato de su vida como mujer investigadora me reconocí plenamente. Creo que os reconoceríais casi todas las que estáis aquí, ya que ella sufrió y disfrutó por ser mujer un tipo de circunstancias que sus compañeros varones ni sufrieron ni disfrutaron. Sin embargo, no creo que su vida personal y su experiencia científica permitan concluir que ha desarrollado una *astronomía feminista*. Lo mismo podría decirse de otros muchos casos de las ciencias experimentales en que trabajan mujeres que no por serlo eligen diferentes temas de investigación ni modifican sus métodos de trabajo. La mayor parte de las investigaciones en campos experimentales que deciden aplicar una perspectiva de género, lo que hacen es centrarse en la historia de su disciplina, que no es la disciplina misma, sino los procesos sociales por los que se desarrolla. O tratan de llevar a cabo una sociología de su profesión, buscando las características socioeconómicas o de género que afectan a los ciclos de desarrollo profesional. En definitiva, trasladan algunos elementos de las ciencias sociales o las humanidades a una pequeña parcela de campos ajenos.

A diferencia de las ciencias experimentales, en las ciencias humanas sí suele quedar clara la huella de quien observa sobre lo estudiado, siendo la elección del objeto de estudio la primera y más importante evidencia de su huella. A la elección del objeto le sigue la elección del método para estudiarlo, y ambos procesos se influyen mutuamente. Muchos investigadores, sobre todo de las ciencias experimentales, creen que bastan estos elementos para negar la condición de ciencia a los saberes de las humanidades y ciencias sociales, por rigurosos que sean. Si los aplausos y recursos se adscriben solamente a la investigación científica, no es de extrañar que la calificación de “no científico” se convierta en una expulsión o una condena.

### 3. Sobre el concepto de economía

El título de esta conferencia lo sugirió María Jesús Vara. Me propuso "*Economía feminista*", con libertad para modificarlo. Aunque nunca había utilizado hasta entonces un título parecido, lo interpreté como una invitación a hacerlo y acepté el envite. Tengo que agradecer que me haya obligado a dedicarle muchas horas, muchas vueltas, mucha reflexión, hasta encontrar el modo de decir lo que quería decir y expresarlo en un título similar al propuesto aunque algo diferente. No ha sido fácil, porque me ha obligado a recordar una trayectoria intelectual de cinco décadas, de las que la mayoría han transcurrido en Facultades de Ciencias Económicas, o en Departamentos de investigación sobre Economía y Socioeconomía en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. He sido espectadora privilegiada y también partícipe de la innovación que las mujeres han traído ya a las ciencias económicas, e incluso espero ver transformaciones mayores que ahora se están gestando. Lo que temo es que no podré citar todos los nombres y publicaciones que desearía, y pido disculpas de antemano por ello.

Hay tres acepciones posibles de la palabra economía, y todos manejamos una u otra según qué circunstancias. El lenguaje no facilita las posibilidades de variarla, porque no existen sinónimos, derivaciones o evoluciones unívocos para aplicarlos a cada caso. En un contexto universitario docente como el que hoy nos reúne, la primera que nos ocupará es *la economía como disciplina científica*. No encontraréis dos manuales que den la misma definición de economía, cada uno marca ligeras diferencias. Estos días previos he buscado definiciones de economía en manuales españoles e ingleses, en diccionarios generales y especializados. Varían mucho. Varían según épocas históricas y según el contexto en que se utilizan. Pero si tuviera que elegir los rasgos más frecuentes con los que se define la ciencia de la economía, diría que es "*la ciencia que estudia la producción, distribución, consumo y acumulación de recursos escasos que son susceptibles de usos alternativos*". Lo esencial es la palabra escasez, por eso se ha dicho que la economía es la ciencia triste. La definición que suele ofrecerse al principio de los manuales es una definición amplia, más o menos como la que acabo de dar. Pero al cabo de pocas páginas, esa definición se estrecha, se produce un reduccionismo, se viene a decir que puesto que existen múltiples recursos escasos (el agua es escasa, el aire es escaso) que no se compran ni se venden, de ahí en adelante sólo se tratará de los recursos que tienen precio. Eso lo reconocen los manuales honrados, porque algunos ni siquiera lo dicen aunque lo hagan. Se produce de esa manera un tránsito o fuga desde lo general, que son

todos los recursos escasos, hacia lo particular, que son los recursos escasos que tienen precio y circulan de una u otra manera a través del mercado.

También se utiliza frecuentemente la palabra economía en otros dos sentidos: *como un sistema general de producción* (por ejemplo, cuando se habla de economía capitalista o economía socialista) y cuando nos referimos a algunas "*actividades económicas*". Por ejemplo, cuando se trata de comprar, vender, ahorrar, invertir o prestar. O, con una carga semántica más politizada, cuando se trata de cooperar, explotar, expropiar, desarrollar, distribuir, enriquecer, donar o compartir. Que una actividad se defina como económica depende de cómo se haya definido previamente la economía. Aunque su dimensión económica sea evidente: ¿llamaríamos actividades económicas a las de gestar, educar o cuidar?

Los adjetivos cualifican los nombres a los que se adhieren, pero la transformación puede ser leve o sustantiva. Si añadimos el adjetivo "feminista" a la primera opción, estaríamos hablando de *ciencia feminista*, o sea, de *ciencia económica feminista*. En la segunda acepción hablaríamos de un *sistema de producción feminista*. La tercera sería una *actividad económica feminista*. El sistema productivo feminista tendríamos que compararlo con el capitalista, socialista, cooperativista, etcétera. ¿Cómo se relacionaría este sistema feminista alternativo de producción de bienes y de servicios con los restantes modos de producción? ¿Cómo se ingresaría en él, qué relaciones de intercambio, subordinación o cooperación generaría interna y externamente? Si utilizo el condicional es porque no existen por ahora sistemas reales de producción feminista autosuficientes, con sus propias instituciones, sistemas de incentivos y de desincentivación. Ni siquiera, que yo sepa, hay precedentes en la literatura utópica, del tipo de los experimentos literarios que antecedieron a los movimientos comunitarios socialistas, salvo quizá la antigua invención del reino de las amazonas, que hoy no sería aceptado como propuesta utópica por la mayoría de las mujeres feministas. Tampoco tengo certeza de qué actividades podrían considerarse feministas, o ajenas a cualquier relación con feminismos y antifeminismos, aunque podría haber sólido debate sobre la dimensión económica de la reproducción biológica y social.

Por lo que se refiere a la ciencia económica feminista, una búsqueda exhaustiva de bibliografía aportaría también mucha variedad de definiciones. Pero si tratásemos de hacer una síntesis de cómo la definen los autores (en su mayoría autoras), hallaríamos como rasgo principal que pretende desarrollarse *en interés de las mujeres y desde las mujeres*. Esta definición de economía feminista no da

lugar a muchas discusiones, pero el debate empezaría a ahondarse, y quizá a agriarse, si continuásemos añadiendo adjetivos o calificaciones. Existen, evidentemente, personas, grupos e incluso publicaciones que se autodenominan de economía feminista. Pero también existen quienes no lo autoproclaman y sin embargo son así identificados/as por sus colegas o por la opinión pública, para bien o para mal, y quienes tratan de definirse como tales sin conseguir su reconocimiento, ni como economistas ni como feministas, por otros sectores de la investigación económica.

En la asociación entre las dos ideas, economía y feminismo, ha cuajado más visiblemente la que convierte a la economía en sustantivo y al feminismo en adjetivo, pero no es la única forma de vinculación posible. También ha habido influencia en la dirección contraria, y es la economía la que ha transformado o cualificado al feminismo. Es el *feminismo económico*, o corriente del feminismo que se caracteriza por destacar los aspectos económicos que subyacen en la desigualdad entre hombres y mujeres, a menudo camuflada bajo grandes palabras como Naturaleza, Destino, Revelación o Ley. Es un feminismo en el que caben muchos gradientes de intensidad, poco llamativo pero muy expandido. No levanta titulares ni genera fotos de impacto, pero va calando hondo, gota a gota y cifra a cifra, en la opinión pública y en el sentir general.

#### **4. Las relaciones entre calidad científica y compromiso feminista**

Ya he dicho que el feminismo es la aplicación de los valores democráticos a la relación entre mujeres y hombres. A partir de esta raíz común, el feminismo se ramifica. Hay ramas que crecen más que otras, que se orientan en diferentes sentidos. Incluso, algunas quitan la luz y pueden asfixiar a otras. Como subraya el título de la colección que lo acoge en la editorial Cátedra, no hay un feminismo único, sino *feminismos*. El feminismo es, en principio, un movimiento social con pretensión mayoritaria que se dirige directamente a más de la mitad del género humano y no excluye a quien quiera acompañarle. Pero, como cualquier movimiento social, conoce tensiones internas. Tiene que resolver problemas de luchas por el poder y contra el poder, de minorías que se autodefinen como vanguardias, de infiltraciones y golpes de mano organizativos, de coaliciones y mecanismos de exclusión, de dispersión territorial, de alianzas puntuales con otros movimientos sociales. Inevitablemente, su historia arrastrará episodios de éxitos parciales, expansión, debilitamiento de ideales originarios, escisiones y redefinición de objetivos por grupos diferenciados. Su nombre y sus siglas, antes o

después, sufrirán algo parecido a lo que Díez del Corral identificó con la bella metáfora de “*El rapto de Europa*”.

En la población española, en las encuestas sobre identificación política, la mayoría de la gente se autodefine por el eje de derecha/izquierda o por el partido al que vota. No son ejes que resuelvan todas las identificaciones: en otras épocas o lugares, y también en la actualidad, la identificación territorial o la religiosa han sido factores importantes de identificación política. El feminismo sólo es citado como primer elemento de auto-identificación política por el 1.3 % de la población, una cifra intermedia entre el 0.1 por ciento de los hombres y el 2.5 por ciento de las mujeres (CIS, barómetro 3021, 2014). Como segunda opción de identificación alcanza el 2.4 %, resultado del 0.5 por ciento de los varones y el 4.3 % de las mujeres. En otros barómetros del CIS se obtienen cifras ligeramente mayores, pero siempre alrededor del dos por ciento en el total nacional. En términos parlamentarios diríamos que no alcanza para tener grupo propio. Ahora bien, que no sea el criterio principal de identificación política no significa que lo excluya; a diferencia de otras identificaciones, el feminismo en sus diferentes grados y acepciones es compatible con buena parte del espectro político parlamentario.

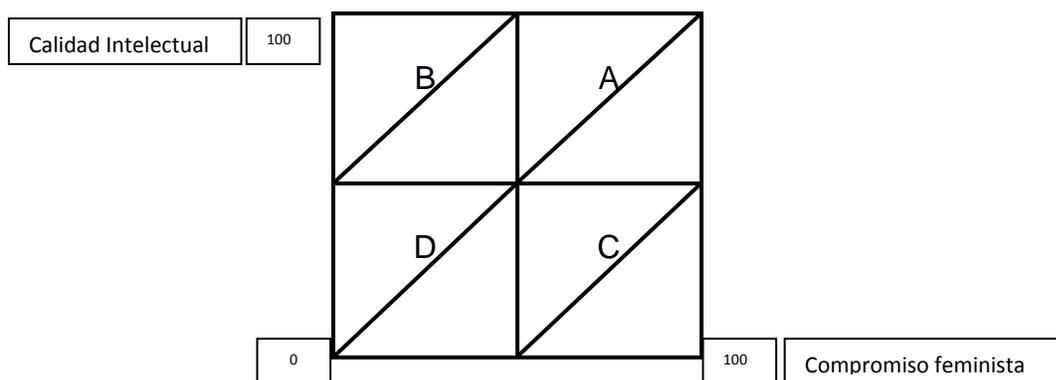
Además de identidad política, el feminismo sintetiza las actitudes a favor de la igualdad entre hombres y mujeres. En este sentido amplio, a tenor de las encuestas podría interpretarse que la población española manifiesta un considerable respaldo al feminismo, al menos en sus actitudes manifiestas. No obstante, si por feminismo se entiende la identificación con grupos organizados que se definen por ese nombre, y más aún si de lo que se trata es de la pertenencia a esos grupos, la proporción de adhesión al feminismo desciende considerablemente. Gran parte de las críticas expresadas al feminismo vienen de quienes le atribuyen como rasgo esencial estar “en contra de” y no “a favor de”. Cuantas más etiquetas se cuelgan del feminismo, menor es la aceptación que lo respalda, y el número de etiquetas potenciales es infinito.

Los/las investigadores no pertenecen en bloque al mismo ideario político, se distribuyen por todo el espectro posible de actitudes e identificaciones políticas y sociales. No existe una cifra fidedigna sobre qué proporción de la investigación científica la desarrollan investigadores cuyas actitudes pudieran corresponderse con el feminismo, o lo contrario. Ni cuántos son miembros de organizaciones feministas, ni cuántos son estables en sus actitudes o cambian de posición según la coyuntura. La *Ley de la ciencia* del año 2011, especialmente su *Anexo*, podría considerarse como feminista, puesto que explícitamente promueve la igualdad de

hombres y mujeres y la eliminación de sesgos heredados de épocas preconstitucionales. Pero pocos analistas se atreven a llamarla abiertamente feminista, simplemente la acatan como una ley democrática coherente con el mandato constitucional.

La adhesión a un movimiento organizado no es asunto de todo o nada. Las gradaciones son infinitas, hay decenas de indicadores para medir el grado de adhesión y fidelidad a los movimientos sociales, sus formas de expresión. La mitad aproximadamente de los datos contenidos en el gran archivo de encuestas del Centro de Investigaciones Sociológicas se refieren a ello, aunque la mayoría lo son respecto a los movimientos institucionalizados en forma de partidos políticos. ¿Qué condiciones ha de requerir un *investigador* o investigadora para que se le considere, para bien o para mal, como *feminista*? ¿Ha de ostentar cargos, carnets, pago de cuotas, asistencia a reuniones, a manifestaciones, a encierros, recogida de firmas, asistencia a foros, o sólo colaboraciones puntuales, tal vez simple simpatía? ¿Y cómo traslada sus actitudes o valores políticos básicos a su propia producción intelectual? ¿Las ideas y los valores son coherentes con la práctica cotidiana? ¿Se traslucen claramente o permanecen invisibles, sólo revelados ante los íntimos o en circunstancias convenientes y propicias?

#### CALIDAD INTELECTUAL Y COMPROMISO FEMINISTA



Tanto la calidad científica como el compromiso feminista son variables que pueden situarse en un eje, de mayor a menor. Por ejemplo, entre cero y cien puntos. En ambas existen extremos y puntos intermedios. Si se representase gráficamente el cruce de ambas variables en la población investigadora, se obtendría un dibujo con numerosos puntos; pero si se simplificase para hacerlo más nítido, resultaría un esquema con solamente cuatro posiciones: A, B, C, y D. Algunos/as buenos investigadores/as (y si se quiere mayor precisión, algunos

investigadores-economistas) son feministas, corresponden al grupo A del esquema anterior; o dicho de otro modo, algunas/os feministas son buenas/os investigadoras/es. En la diagonal opuesta, que se corresponde con D, caerían algunos investigadores que hacen mala investigación y por sus valores o actitudes son tan poco feministas que podría llamárseles anti-feministas. A la comunidad científica le corresponde no pasar por alto la mala ciencia, porque mina al resto. Estos grupos antitéticos, bien definidos y consistentes en los dos valores propuestos, ofrecen poca cancha para el debate. Pero la mayoría de la gente y de los investigadores se sitúan fuera de esos dos cuadrantes nítidos, son tibios tanto en la calidad con que realizan su trabajo como en el compromiso que asumen respecto a sus ideas y valores. En el grupo B están los investigadores que hacen buena ciencia y no son feministas. ¿Se puede hacer hoy buena ciencia sin ser feminista, o más exacerbadamente, siendo machista? Cada vez es menos probable una respuesta afirmativa a esta cuestión, porque cada vez son más conocidas las influencias de la estructura social y de las propias organizaciones científicas sobre el tipo de investigación que se potencia, sobre los métodos de investigación que se eligen y también, por qué no reconocerlo, es mayor la presión para no desviarse en exceso de lo políticamente correcto. En las ciencias sociales y humanas, en las que el objeto de la investigación son mujeres y hombres, es difícil hoy día que un antifeminismo rotundo no se traduzca en mala investigación, por la excesiva cerrazón a los temas y a las metodologías, por no escuchar seriamente a los investigados. Pero incluso en estos campos, hay especialidades en las que el sujeto es poco humano o poco social y la necesidad de estar atento a los sesgos de género no es tan obvia.

Fuera del campo de las ciencias humanas y sociales, el riesgo de contagio de las actitudes de género del investigador o la investigadora sobre el objeto y desarrollo de su trabajo son menores. No tan pequeñas como algunos creen, porque todos los procesos de conocimiento son procesos sociales, pero sin duda menos intensos que en las ciencias sociales y humanas. Tampoco todas las ciencias naturales, experimentales o las que se estudian en las Universidades Politécnicas son iguales en esta cuestión. Por ejemplo, en medicina y en arquitectura es más fácil deslizar una posible contaminación actitudinal que afecte al contenido de lo que se investiga que en matemáticas o química. En cuanto al grupo C, surge inevitablemente por probabilidad estadística; porque ninguna actitud política, por encomiable, detestable o voluntariosa que sea, garantiza a sus miembros el rigor y la eficacia cuando investigan, ni les inmuniza frente a las malas prácticas profesionales. La “iluminación” o la “revelación”, lo mismo que la ética y la épica, no pertenecen al terreno de la investigación científica, aunque no

sean incompatibles con ella. Todas las comunidades que se identifican con un "ismo", un valor o forma de ver la vida, desearían que sus miembros jamás incurriesen en conductas o actitudes que no gozan del respeto y aprecio del conjunto de la comunidad; pero ninguna se salva de ello.

En las comunidades científicas, igual que en cualquier otro tipo de comunidad, existe la tentación de auto-protegerse negando los desvíos, no dándose por enterados, o en el mejor de los casos fomentando el control y la autoexigencia interna. En la Historia de la Ciencia son famosos algunos errores, por ejemplo, en biología, en geografía, en astronomía o en botánica, que perduraron en exceso porque chocaron inicialmente con creencias profesadas por comunidades religiosas o políticas. Al feminismo también se oponen algunos detractores gratuitos, que le niegan el pan y la sal en todas sus actuaciones. Le acusan de producir en bloque conocimiento falso o, en un nivel menor de denigración, conocimiento superficial y de baja calidad, poco depurado, sesgado por el afán reivindicativo. A veces las acusaciones provienen de grupos de mujeres investigadoras o docentes, que convierten a su conveniencia en ridícula caricatura lo que debiera ser el análisis serio de un movimiento social complejo. Incluso, tales parodias se cuelan a veces en sitios inesperados, como revistas u organismos de investigación científica, por lo que resulta más difícil detectar lo que se esconde tras tan respetable apariencia. Pero no es aquí el momento para ahondar en lo que dicen estas descalificaciones y en su refutación, por una parte sería ofrecerles publicidad inmerecida y por otra parte produce demasiado cansancio desmontar uno a uno las decenas de tópicos que se acumulan para utilizar como proyectiles cuando no se dispone de argumentos más sólidos. Sólo subrayo lo contrario, que el feminismo en su conjunto es un gran revitalizador intelectual, que aporta innovación y profundidad en todos los campos en que se proyecta. Lo mismo en economía e historia que en derecho, en lingüística que en pedagogía, en urbanismo o medicina que en sociología. Pero eso no le exime de buscar con exigencia la calidad científica y reconocer que no siempre y en todo momento lo consigue.

## **5. Los investigadores/as que construyen la ciencia: el sujeto, el objeto y los métodos de la investigación.**

El tiempo para la exposición es limitado, apenas tendré la oportunidad de esbozar algunas ideas, sin entrar en la discusión profunda de los temas. La historia de la ciencia ha estado entreverada de machismo sin que de ello fueran conscientes lo

que la construían o transmitían. Difícilmente hubieran podido escapar a esa condición, porque era el clima intelectual y valorativo que respiraban.

La instalación de la idea de igualdad en las consciencias se proyecta después sobre todas las actividades, incluidas las actividades intelectuales. Interesan (o desinteresan) distintos temas. Se buscan o rechazan metodologías que prometen ser exitosas en sus efectos sobre la igualdad, aunque conlleven el riesgo de apartarse de las más comúnmente utilizadas. Los valores están muy presentes, lo que generalmente aleja la investigación del positivismo y potencia el análisis de temas/problema y de temas/solución/de/problemas. Por su proximidad con el valor de la igualdad, la investigación propiciada por el feminismo se acerca a los estudios sobre estratificación, clases sociales y cambio social, lo mismo que a la filosofía política y a las políticas públicas. Pero ni siempre sucede así ni, obviamente, toda la investigación en esos temas procede del feminismo o es favorable a él. Por su proximidad con la búsqueda de soluciones ante la desigualdad, suele haber una apertura mayor hacia la investigación de culturas, organizaciones o contextos sociales muy dispares del que vive el propio investigador/a. También es más frecuente la consciencia de los elementos estructurales y suele otorgarse un peso menor a las orientaciones individualistas, aunque simultáneamente el feminismo propicia estudios cualitativos que se ajustan bien al análisis de la vida privada en todas sus manifestaciones.

Allá a finales de los sesenta y comienzos de los setenta, cuando preparaba mi tesis doctoral sobre *“El trabajo de las mujeres”*, y con ella el inicio de la trayectoria como investigadora, no encontré una sola cifra o estadística sobre el trabajo no incorporado al mercado; sólo pude acceder a algunos ficheros que contenían una interesante información sobre el papel económico (obviamente no se le llamaba así) de las mujeres en las pequeñas explotaciones agrarias. Tuve que conformarme con terminar la tesis añadiendo una nota en la que explícitamente afirmaba que el trabajo no remunerado también era trabajo y comprometiéndome a continuar investigando este campo más adelante. No sé si, visto desde fuera, este compromiso pudiera definirse como un compromiso feminista. Yo sólo lo sentí, o al menos fue el sentimiento principal, como un *malestar ante la constatación de un sesgo histórico en la ciencia* que me obligaba al compromiso para contribuir a una ciencia más universal.

Poco después asistí a la primera Conferencia de la Mujer de Naciones Unidas (México, 1975), y comprobé por mí misma que en ninguna de las intervenciones oficiales en que se hizo referencia al trabajo de las mujeres se

tenía en cuenta el trabajo no remunerado que se produce dentro de los hogares. La consecuencia más inmediata fue la publicación del pequeño libro *“El ama de casa. Crítica política de la economía doméstica”* (ZeroZyx, 1978) en el que cuantifiqué el trabajo no remunerado producido en los hogares comparándolo con el PIB, y para el que tuve que basar las estimaciones en los escasos datos proporcionados por el Censo, puesto que seguían sin existir estadísticas sobre el trabajo no remunerado. Inmediatamente se hicieron eco del ensayo algunos de los núcleos pioneros de estudios de género en Brasil, y lo tradujeron. También colaboré con algunos pequeños núcleos que trabajaban sobre el mismo tema en aquella época en Francia en el CNRS (Delphy, C; 1982) y otras entidades (Sullerot, E; 1968), con grados muy diversos de autoidentificación con el feminismo y respondiendo a diferentes objetivos y orientaciones teóricas. La primera oportunidad de investigar empíricamente el trabajo no remunerado en los hogares me llegó en 1983, gracias a un proyecto financiado por el CIS en el que llevé a cabo el diseño y el análisis. Fue pionero. No creo que sea casualidad que en aquel momento era directora del CIS Rosa Conde. Ningún director anterior había rechazado una propuesta similar, es cierto; pero a ninguno se le había hecho llegar con la esperanza de ser atendida.

En las dos décadas entre la Conferencia de Naciones Unidas de México y la de Pekin (1995) se produjo un florecimiento del feminismo que impulsó los estudios de las mujeres en muchas universidades de todo el mundo, aunque el impacto en economía fue más lento y de menor intensidad que en otras disciplinas (Durán, 1998). En la Conferencia de Naciones Unidas de Copenhague, (1980) y en su Foro paralelo, todavía fue muy escasa la preocupación por las bases económicas de la situación social de las mujeres, pero algunas participantes ya hablamos de ello. Las razones por las que tardó más en llegar y con menor intensidad a las facultades y centros de investigación en economía fueron de varios tipos: por una parte, los economistas estaban muy orientados al análisis micro, adaptado a la gestión de empresas, y con una fuerte presencia de valores vinculados al lucro; y por otra, estaban logrando grandes avances en formalización y métrica, en modelos con alto grado de abstracción que respondían a una concepción de la ciencia económica próxima a la de las ciencias experimentales. El sector de economistas de orientación macro, que en principio hubieran sido más sensibles a los temas que preocupaban a las feministas, estaban a su vez muy interesados en temas como la inflación y los préstamos e inversiones internacionales. Las referencias ideológicas ponían mucho énfasis en las ideas de desigualdad de clase y de desarrollo, y era frecuente que atribuyesen a las aspiraciones feministas la etiqueta despectiva de burguesas.

Por su carácter de síntesis, fuerte presencia en los medios de comunicación y base para la evaluación de políticas públicas, algunos indicadores de la *Contabilidad Nacional* recibieron atención temprana del pensamiento crítico. Las innovaciones críticas hacia la economía vinieron de la sociología, la filosofía política y la antropología, más que en sentido contrario, y eso sucedió en todos los países. (Benería, 2003; Carrasco, 1988; Díaz y Dema, 2013, 2006 y 1999). Puedo hablar en primera persona porque en la década siguiente a la Conferencia de México realicé varios estudios sobre la interacción económica entre el trabajo no remunerado en los hogares y el sector sanitario, así como entre los hogares y el sector de servicios sociales (Durán, 1988; 1986 y 2002). La apertura y conexión con organismos o entidades internacionales fue clave para la aceptación de las innovaciones a nivel local. En mi caso tengo que agradecer el estímulo recibido de UNRISD, UNESCO y el Instituto Europeo de Florencia, pero también de otras entidades nacionales, como el Instituto de la Mujer o la revista Información Comercial Española, que muy tempranamente publicaron o promovieron sendos estudios sobre el trabajo no remunerado y su relación con el conjunto de la economía. El libro "*De puertas adentro*" (1988) sintetizó esa etapa. La recepción era buena en los movimientos sociales, pero en España, en los años setenta y ochenta, hay que recordar que solamente María Luisa Moltó (Moltó, 2008) se atrevía y arriesgaba a llevar estos temas a la investigación desde el marco estricto de los Departamentos de Economía en las Facultades de Ciencias Económicas o centros de investigación. Luego, afortunadamente, vinieron muchas más (Carrasco, Vara, García Negro, García Díez, Castaño, Galvez, Dominguez, etc.)

Que el feminismo contribuyó a impulsar este tipo de estudios es innegable. Pero también es cierto que contribuyeron a ello personas que no tenían una especial conciencia feminista; simplemente, se adelantaron a su época al darse cuenta de que había campos de la realidad importantes y poco conocidos, y se dedicaron a estudiarlos. Por ejemplo, Eisner (1988) o Ironmonger (2011), con sus trabajos sobre cuentas satélites o producción de los hogares. En algunos casos la conciencia feminista sobrevino a posteriori, cuando constataron la hondura del desconocimiento o sufrieron rechazo por adentrarse en campos considerados marginales. Y también, aunque menos frecuente, se produjo el proceso contrario, el de quienes entraron en el feminismo por una convicción política y lo abandonaron después porque no les satisfizo intelectualmente o consideraron que dañaba sus expectativas profesionales.

Una aportación interesante y no pretendida a la economía feminista es la de algunos técnicos, en su mayoría estadísticos pero también de otras procedencias, que han creado o mejorado algunos instrumentos de medición empleados frecuentemente en la economía feminista, como las Encuestas de Uso del Tiempo. Probablemente muchos funcionarios de los Institutos Nacionales de Estadística, o miembros de la IATUR (International Association for Time Use Research) se hubieran sorprendido en los años ochenta y noventa si les hubieran dicho que los sistemas de recogida de información que estaban diseñando o implantando iban a ser tan importantes, añorados y debatidos por algunos grupos de mujeres.

Tras la Conferencia de Pekin, en la que España jugó un papel más relevante del habitual porque en aquél momento le correspondía la presidencia de la Unión Europea, el tema del trabajo no remunerado ganó soporte internacional y cierto aura de respetabilidad política que hizo menos dificultoso su reconocimiento. Sin embargo, el paso de la denuncia y la reivindicación a su fundamentación científica siempre es difícil. Corresponde habitualmente a perfiles personales diferentes, a trayectorias biográficas y cualificaciones que no coinciden. La carencia de datos, reflejo de otras carencias, era y sigue siendo un problema endémico. De ahí la importancia de generar estadísticas, de disponer de datos desagregados incluso en campos en que resulta difícil hacerlo, como el destino y beneficiarios de los presupuestos públicos. Algo que poco a poco se va instalando en la agenda de las instituciones, y que en Latinoamérica han promovido exitosamente, y con mucho esfuerzo, tanto la CEPAL como ONUMujeres<sup>2</sup>.

Los que nos dedicamos a la investigación científica acechamos la aparición del síndrome de *confusión entre lo visible y lo realmente existente*, y nuestra obligación consiste en desconfiar ante cualquier afirmación inamovible sobre la realidad. En Física someten a un interrogatorio de tercer grado a las partículas y consiguen que les hablen, mientras a los demás no nos dicen nada. En biología y medicina hacen lo mismo con los tejidos. Pero quienes investigamos en las ciencias humanas: ¿Cómo conseguir que la realidad social nos hable, cómo evitar el riesgo de confundir lo que nosotros vemos con lo que realmente es? Casi todo lo que nos explican en economía, podemos “verlo” a través de estadísticas que vienen haciéndose desde hace años. Pero, ¿Quién tiene la capacidad de convertir una preocupación o experiencia personal en una

---

<sup>2</sup> CEPAL tiene una amplísima producción editorial que puede acceder casi en su totalidad libremente a través de [www.cepal.org](http://www.cepal.org). ONUMujeres, igualmente, promueve investigación y publica importantes informes y trabajos de divulgación [www.unwomen.org](http://www.unwomen.org).

estadística? ¿Qué es lo que preguntamos y qué lo que nos responden? Y de lo que nos responden: ¿Qué convertimos en indicadores, y cuáles utilizamos para tomar decisiones? Casi por definición, lo que se convierte en estadística ya ha dejado de ser descubrimiento o vanguardia.

No se puede entender la economía española si no se tiene en cuenta que la imprescindible participación de las mujeres a través de los hogares esta invisibilizada, oculta. Lo mismo aquí que en la India, en Australia, o en Latinoamérica. Los papeles que desempeñamos las mujeres en la economía son ahora más parecidos a los de los hombres que hace cincuenta años, evidentemente, pero siguen siendo distintos. Sobre todo es distinto el tipo de trabajo que hacemos y las recompensas que lleva aparejado. ¿Es feminista ocuparse de las diferencias de género en *salarios, en ingresos, en desempleo, en patrimonio, en pensiones, en jornada total, en consumo, en tendencia al ahorro, en acceso al crédito, en la repercusión de los recortes, en la atención no remunerada a los enfermos y en la situación económica durante la vejez, en la conexión de todo ello con la Renta Nacional o los índices de crecimiento?* No creo que elegir esos temas pueda equipararse sin más con el feminismo, porque debieran ser una parte básica o normal, sin necesidad de más especificaciones, de la investigación y la docencia en economía. Lo que sí pienso es que debería calificarse como *mala ciencia económica*, y mala sociología, la que se desentienda de ello.

En varias ocasiones he llevado a cabo la *cuenta satélite de la Comunidad de Madrid* y he ofrecido magnitudes alternativas para el PIB español, peleando con los casi irresolubles problemas metodológicos de la *asignación de un precio sombra al trabajo no remunerado*; tan irresolubles que ha bastado un cambio legal en la situación de los trabajadores asalariados del hogar para que las estimaciones de los investigadores del INE sobre su valor hayan pasado rápidamente de 4 a 8 euros/hora (Angulo y Hernández, 2016). Sobre el papel que juega *el trabajo no remunerado en la economía global, incluyendo las migraciones y las remesas*, y las previsiones de cómo va a aumentar en todo el mundo en las próximas décadas, está a vuestra disposición el resultado del proyecto en que trabajamos una decena de investigadores bajo el patrocinio de la Fundación BBVA, cuyas publicaciones pueden accederse libremente (Díaz Fernández, Domínguez, Durán, García Díaz, Garcia Sainz, Llorente, Milosavljevic, Rogero, FBBVA, 2012). Agradezco al CIS que en su reciente macroinforme "*España 2015. Situación Social*" (Torres, C. (coord.), 2015) haya introducido, por primera vez en este tipo de publicaciones, una sección completa sobre *Género*, que he coordinado y en la que mi contribución personal se titula "*La otra economía española*" (Díaz y Dema, Durán, García, Murillo, Solé, Tobío: 2015). Sin embargo,

no se puede estar en dos ficheros al mismo tiempo; es una continuación del viejo mandato “*no servirás a dos señores*”. Si un lector apresurado sólo se detuviera en los capítulos económicos, no sabría que desde los capítulos de género se dedican muchas páginas a ofrecer una visión distinta, muy distinta, de la economía española.

Para quien quiera seguir esta conversación más de cerca y con más calma, entrando a fondo en el contenido de las ideas, el CSIC le facilita el libre acceso a la mayoría de las publicaciones a través de su red de bibliotecas y de la web Digital CSIC. Por mi parte, sería un placer, mayor aún si deja transcurrir unos meses y tengo tiempo de entregar a la imprenta de la Universidad de Valencia el libro sobre economía y sociología del cuidado que le debo desde hace dos años y por ahora voy pariendo a trozos, itinerante, en congresos y seminarios.

## 6. La institucionalización de la *economía feminista*.

Cuando se trata de definir una disciplina con criterios académicos, es habitual el uso de dos procedimientos. El primero es definirla conceptualmente, lo que se consigue estudiando las definiciones aportadas por los predecesores en el intento, o desarrollando la propia capacidad analítica. Y lo segundo, rastrear lo que hacen quienes dicen participar en ella. Es habitual que en ese empeño se trate también de seguir su evolución histórica y de identificar a los “*padres fundadores*” por la fecha y aportación que hizo cada uno. Semejante búsqueda de las paternidades choca con una característica de los movimientos de mujeres, que históricamente proceden de una maternidad prolongada en el tiempo (concepción, gestación, alumbramiento, crianza, y largos años de cuidados) y una cultura en que la individuación les estaba vetada. Entre el reconocimiento de las genealogías, las autoridades y la ética de lo colectivo hay sutiles tensiones y desencuentros.

Una disciplina se institucionaliza cuando logra estabilidad, cierto grado de reconocimiento externo, instituciones propias y medios de expresión. La institucionalización de la economía feminista puede medirse por la aparición de órganos de expresión tales como las asociaciones profesionales o las publicaciones periódicas. Eso no significa que no existieran aportaciones importantes del feminismo a la economía desde mucho antes de que tales asociaciones o publicaciones aparecieran. Ni que todo el pensamiento feminista relacionado con la economía surja en el entorno de estas consolidaciones organizativas. Ni que exista algún tipo de relación de autoridad entre lo que es un movimiento muy amplio y algunas de sus expresiones más visibles. En cualquier caso, como ya he señalado, hay que distinguir entre *los nombres y los hechos*. A los primeros hay que reconocerles la cualidad de haber aceptado explícitamente, y como signo de identidad, lo que los segundos no siempre han querido o podido hacer.

En el siglo XXI, la comunicación *on-line* ha desplazado a los textos sobre papel. Las redes sociales son más influyentes que las cátedras. Es el tiempo de la velocidad, de los públicos masivos, de los canales de distribución, internet, las TIC y los índices de impacto. De los mensajes en 140 caracteres. Las corrientes intelectuales que no sepan navegar en estas corrientes tecnológicas y mediáticas, apenas podrán subsistir, su recuerdo se borrará como si no hubieran existido. Por eso la prensa y demás medios de comunicación juegan un papel decisivo, otorgan reconocimiento y existencia.

El 12 de marzo de 2016 (marzo es mes propicio a que los medios hablen de mujeres), la revista *"The Economist"* se pronunciaba con un titular llamativo: *"La economía feminista se merece el reconocimiento como una rama diferenciada de la disciplina"*. El artículo que le seguía era amable y ligero. Empezaba con una frase dirigida a las mujeres por Marshall, el autor de *"Principios de economía"* (1890), en la que advertía a las mujeres que estaban tratando de incorporarse al mercado de trabajo: *"Si compiten con nosotros, no nos casaremos con ustedes"*. *"We shan't marry you"*. La frase merecería una tesis por sí sola para desentrañar cuánto latía en ella de amenaza, de tomar la iniciativa en la represalia, de retirar la protección de un nombre, un status, un hogar, unos hijos; porque a finales del siglo XIX, y en Inglaterra, el matrimonio significaba algo muy distinto a lo que hoy significa. Esa frase, y la cita de Samuelson mostrando en su famoso *Curso de Economía Moderna* (1945, con tantas ediciones posteriores que le convierten en el libro de economía más vendido de la Historia) que *"si se casase con su cocinera, el Producto Interior Bruto descendería"*, forman parte del anecdotario que los medios de comunicación manejan profusamente para ilustrar las diferencias de género entre una concepción de la economía restringida al mercado y otra que incluya los recursos no monetarizados del cuidado. Sin embargo, es raro que los medios de comunicación se aventuren más allá de unas cuantas citas famosas o cifras dramáticas para profundizar en las consecuencias de un cambio drástico de perspectivas.

La visibilidad no es lo mismo que la existencia real, pero en una época tan sometida a la imagen como la actual, la imagen del feminismo la crean y destruyen los fotógrafos de prensa tanto o más que las asociaciones profesionales o los libros. La noticia, la fulguración del día, la sirven los torsos desnudos y bien coreografiados de las jóvenes FEMEN mientras reclaman el derecho sobre su cuerpo, o por antítesis, la canción ofensiva y retuiteada del humorista Zorman sobre *"las feministas modernas"* (El País, 8/12/2016).

Continuando con el modo de definir disciplinas, el acopio de definiciones ajenas es relativamente rápido y fácil, pero sólo satisface si a los definidores previos se les reconoce plena autoridad, y si los criterios de definición hallados tienen un alto grado de coherencia entre los autores considerados. En cualquier caso, caben la evolución de tendencias y los comentarios críticos. La segunda opción, la de comprobar qué hacen los autodefinidos, resulta a veces más práctica y realista que la primera, porque está más apegada a los hechos y menos a los objetivos o expectativas. Sin embargo, mientras para obtener las meras definiciones basta invertir un rato, para lograr una buena panorámica de un campo

en su desarrollo colectivo hace falta un esfuerzo mayor, y difícilmente puede conseguirse sin la ayuda de algunos instrumentos previamente disponibles que sólo se alcanzan cuando la disciplina ya ha logrado cierto nivel de institucionalización, como asociaciones profesionales, cátedras o departamentos universitarios, comités específicos en los congresos o publicaciones periódicas.

La desventaja de medir los resultados institucionalizados es que deja fuera los menos institucionalizados, que suelen coincidir con sectores de la disciplina que por cualquier razón carecen de poder o soporte económico, pero a veces son precisamente los más innovadores y los de mayor potencial intelectual, político y social. Otra dificultad para la definición de un campo es el diferente grado de incorporación de sus hallazgos al *mainstreaming*, la corriente principal. En tanto que corriente separada, o por decirlo con palabras más gratas, autónoma, una corriente de pensamiento gana visibilidad aunque sea al precio de la *heterodoxia* y, en el peor de los casos, la animadversión. A medida que se integra o es aceptada por la corriente principal, lo que es siempre un objetivo implícito del pensamiento innovador, pierde visibilidad y corre el riesgo de aguarse, de diluirse en otras corrientes hasta perder sus características originales. Esto sucede en todas las disciplinas, y también se aplica a la economía feminista. La lucha por la incorporación al *mainstreaming* fue objetivo explícito de las Agendas nacionales e internacionales para la igualdad de la mujer durante la década de los noventa y la primera de este siglo, lo mismo que hoy continúa siéndolo la incorporación a los ODM, ODS y la Agenda 20-30 (2020-2030).

La International Association for Feminist Economics (IAFFE) surgió como un grupo de discusión dentro de la Asociación Americana de Economía (la AEA por sus siglas en inglés). En 1992 se constituyó como asociación, y en 1997 obtuvo status de O.N.G consultiva ante el Consejo Social y Económico de Naciones Unidas. En la actualidad tiene 600 socios en 64 países, en su mayoría economistas pero no exclusivamente. Para dar idea de comparación, la Asociación Americana de Economistas tiene 20.000 miembros, y el Colegio de Licenciados y Doctores en Economía de Madrid, 8.000.

En cuanto a las publicaciones periódicas, una de las entidades que más ha influido en el panorama internacional en la definición de la economía feminista, tanto conceptualmente como por sus prácticas, es la revista *Feminist Economics*, iniciada en 1995, ubicada en Houston en la Universidad de Rice, publicada en inglés, impresa y con acceso on line para socios. Por sus objetivos puede reconstruirse una definición generalmente aceptada de qué es o qué contiene la

economía feminista, al menos al nivel de las *aspiraciones*. En traducción casi literal de su web, su objetivo es expandir el pensamiento feminista a los temas económicos que afectan a la vida de "*niños, mujeres y hombres. Examina la relación entre género y poder en la economía, así como la construcción y legitimación del pensamiento económico, aportándole una visión histórica, cultural y metodológica, incluso cuando no se refiera directamente al género. Promueve la perspectiva internacional e interdisciplinar*".

Del comité de directores asociados de la revista, catorce radican en los USA, dos en Canadá y en España, y uno en Austria, Alemania, Suiza, Holanda, Turquía, Australia y Ghana. Predominan los artículos breves, y contiene también una sección de revista de libros. La media es de 34 artículos publicados al año. La presencia de estudios sobre países de lengua española, lusa o francesa es escasa, lo mismo que el uso de fuentes que utilizan esas lenguas. Así como el consejo de directores asociados es muy mayoritariamente estadounidense, la revista pretende dirigirse a una audiencia internacional y los artículos publicados se refieren por enorme mayoría a países en desarrollo. Del breve análisis de la producción en los años 2014-2016 (103 artículos) que he realizado expresamente para este estudio, resulta que el 90 % de los artículos están firmados por mujeres. El 80% tratan de temas directamente relacionados con *women* o *gender* en países en desarrollo, generalmente sobre temas muy específicos y de actualidad. Entre otros, hay artículos de alcance regional, junto a los específicos sobre Bangladesh, Irán, India, Uganda, Sudáfrica, Costa Rica, Brasil, Sierra Leona, Ghana, Kenia, Madagascar, Corea, Nigeria, Etiopía, Tanzania, Ruanda, Malawi, China, Nepal, Irán, Palestina, Israel, Chad. El resto se refieren a Estados Unidos, Italia, España, Noruega, Unión Europea y Australia. El tema de la propiedad y acceso a la tierra está muy presente, lo mismo que el impacto de algunas leyes o programas sociales sobre el acceso al mercado de trabajo y los salarios. También tienen una presencia mayor que en otras revistas de economía los análisis sobre la conexión entre religión (principalmente sobre el Islam) y organización económica. Pocos artículos se dedican expresamente a cuestiones teóricas o metodológicas, aunque eso no quiere decir que no sean objeto de estudio. Al cubrir un espectro tan amplio de temas y países que los lectores desconocen, la capacidad crítica respecto a su contenido y contexto ha de descansar muy profundamente en los pares que realicen el filtro previo.

Para los próximos números se prevé dar cabida preferente a artículos sobre ecología, trabajadores sexuales, sostenibilidad y cuidado.

Ni esta revista ni la asociación antes citada son las únicas entidades de institucionalización de la corriente llamada “economía feminista”, pero son sin duda las más activas y visibles.

## **7. Conclusión**

Ya es hora de despedirme. Me habíais invitado a hablar y escribir sobre economía feminista, y he cumplido lo mejor que he podido con vuestro encargo. Entre la conferencia del mes de mayo y la entrega de este original han transcurrido siete meses. Y, creo que no exagero, varios centenares de horas de trabajo dedicadas a escuchar, leer y pensar sobre las complejas relaciones entre el feminismo y la creación de la ciencia económica. Tal vez no haya proporción entre el esfuerzo y los frutos, pero las doy por bien invertidas. Ojalá a los lectores/as de este puñado de páginas les resulten tan aclaradoras como lo han sido para mí mientras las iba escribiendo.

Madrid, 10 diciembre 2016

## Referencias

Angulo, C. y Hernández, S. (2016), *Propuesta de cuenta de producción de los hogares en España en 2010. Estimación de la serie 2003-2010*, INE, Documento de Trabajo 1/ 2015, publicado en 2016.

Benería, L. (2003), *Gender, Development, and Globalisation: Economics as if All People Mattered*, New York, Routledge.

Carrasco, C. (1988), *El trabajo doméstico: un análisis económico*, Universitat de Barcelona, 1988.

Delphy, C. (1982), *Por un feminismo materialista*, La Sal, Barcelona.

Díaz, C. y Dema, S. (2015) “Las relaciones de género en el ámbito público” en Torres, C. (coord.) *España 2015. La Situación Social*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

Díaz, C. y Dema, S. (Eds.) (2013). *Sociología y género*. Tecnos.

Díaz Fernández, M. y Llorente, M.M. (2012), “Estimates of Worldwide Demand for Care (2010-2050): An Econometric Approach”. *Documento de Trabajo*. Fundación BBVA.

Domínguez Serrano, M. (2012), “Unpaid Care Work in Africa”. *Documento de Trabajo*. Fundación BBVA.

Durán, M.A. (2015), La otra economía española en Torres, C. (coord.) *España 2015. La Situación Social*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

Durán Heras, M.A. y Milosavljevic, V. (2012) “Unpaid Work, Time Use Surveys and Care Demanda Forecasting in Latin America”, *Documento de Trabajo*. Fundación BBVA.

Durán, M.A. (2006), *La cuenta satélite del trabajo no remunerado en la Comunidad de Madrid*. (Durán, Dir.), Dirección General de la Mujer, Comunidad de Madrid.

Durán, M.A. (2001), “El programa epistémico del arte” en Radl, R. (Ed.), *Cuestiones Actuales de Sociología del Género*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, pp: 43-82.

Durán, M.A. (2004). “De Fra Angélico a Francis Bacon: las claves sociológicas de la Anunciación”, en Durán et al. (Coord.) *Reflexiones Sociológicas: homenaje a José Castillo*, Centro de Investigaciones Sociológicas, pp. 921-956.

Durán, M.A. (2002). *Los costes invisibles de la enfermedad*, Bilbao, Fundación BBVA.

Duran, M.A. (1999). "The international comparison of gross domestic products", en Hufton and Kravaritow (Eds.) *Gender and the Use of Time*, The Netherland: Kluwer.

Duran, M.A. (1998) (Dir.). *The Future of work in Europe (Gendered patterns of time distribution)*, Brussels: European Commission.

Durán, M.A. (1988), "La mediación invisible", *Cuadernos y Debates*, 6.

Durán, M.A. (1986), "El papel de las mujeres en la economía de los servicios sociales", en *II Jornadas de Economía delos Servicios Sociales*, Madrid, noviembre 1984.

Eisner R. (1988), "Extended accounts for national income and product", *Journal of Economic Literature* 26 (December), pp. 1611–84.

García Díez, S. (2012) "Childcare in Europe: A Reflection on the Present Economic Approach", *Documento de Trabajo*. Fundación BBVA.

García Saíenz, C. (2015), "Género y usos del tiempo" en Torres, C. (coord.) *España 2015. La Situación Social*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

Ironmonger, D. (2011), "*The Economic Value of Volunteering in South Australia (2011). A Report Commissioned by the Office for Volunteers*". Households Research Unit. Department of Economics, Government of South Australia.

Moltó, M.L. (2008), *Las mujeres y la economía. Cálculo Trabajo No Remunerado*. Institut Universitaria d'Estudis de la Dona.

Murillo, S. (2015), "La innovación del objeto en la sociología" en Torres, C. (coord.) *España 2015. La Situación Social*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

Rogero García, J. (2012), "Regions Overburdened with Care: Continental Differences in Attention for Dependent Adults", *Documento de Trabajo*. Fundación BBVA.

Solé, C. (2015), "Migración y relaciones de género" en Torres, C. (coord.) *España 2015. La Situación Social*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

Sullerot, E. (1968), *Histoire et sociologie du travail féminin*, Gonthier-Denoël.

The Economist, 12 de marzo de 2016.

Tobío, C. (2015), "Las relaciones de género en la familia" en Torres, C. (coord.) *España 2015. La Situación Social*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

Torres, C. (Coord.): "*España 2015. La Situación Social*". CIS, 2015.

Vara, M J. (2013). Gender inequality in the Spanish pensions system". *Feminist economics*. Sept. 

